



ACTO III

La cámara nupcial.—A la derecha, un balcón, abierto de par en par

ESCENA PRIMERA

EL REY, ELSA, LOHENGRIN

(Música, entre bastidores. Va aproximándose el canto. Abrense las puertas. Por las de la derecha entran las doncellas que conducen á Elsa; por las de la izquierda el Rey con los guerreros conduciendo á Lohengrin. Abren la marcha pajes con antorchas.)

CORO.—Entrad en paz, en esta estancia; todo aquí os presagia el más tierno amor. Noble valor, ardor fiel serán prendas de vuestra felicidad. ¡Venid aquí, fuerza y cordura! venid también, belleza, juventud! Cesen en el umbral los rumores de fiesta; gozad la embriaguez de la ternura. ¡Velen la luz densas sombras en este recinto dispuesto para el amor!

(Al encontrarse los dos cortejos en mitad de la escena, las doncellas presentan Elsa á Lohengrin. Los dos, unidos en amoroso abrazo, permanecen en el mismo sitio. Ocho doncellas dan vuelta, solemnemente, en derredor de los novios, mientras los pajes toman la espada de Lohengrin.)

LAS OCHO DONCELLAS (andando).—Después de la bendición de Dios, recibid la nuestra; conservad eternamente el recuerdo de este supremo instante!

(El Rey abraza á Lohengrin y Elsa. Los pajes dan la señal de la partida. Pónese el cortejo en marcha. El rey y los guerreros salen por la derecha, y las doncellas por la izquierda.)

Coro.—Permaneced en esta estancia; todo os presagia el más tierno amor.

(Después de haber salido el cortejo, cerrando los pajes en pos de sí las puertas, Elsa se apoya en brazos de Lohengrin quien la conduce hasta el lecho donde se sientan ambos, tiernamente enlazados.)

ESCENA II

LOHENGRIN, ELSA

LOHENGRIN.—Ya se alejan sus voces; solos estamos, por vez primera, y no creo que nada venga á perturbar las inmensas expansiones de nuestro amor. ¡Ángel mío, Elsa amada! único encanto de mi corazón; al fin te es dado saborear la más pura felicidad!

ELSA.—¡La felicidad! esta sola palabra basta para expresar el éxtasis de los elegidos! ah! mi alma se anega en purísimos transportes!

LOHENGRIN (con pasión).—Si tu corazón no aspira á más, no envidio á los ángeles! Como la tuya, anégase mi alma en transportes purísimos. Sí, nuestra llama es esencia etérea; aun sin conocernos, nos amábamos. Cuando me elegiste por defensor, mi corazón voló rápido á ti; una sola mirada me mostró tu inocencia y el inestimable tesoro de tu alma!

ELSA.—Sin embargo, no eras desconocido para mí; me visitaste en un sueño encantado! Después, cuando acudiste á mi presencia, reconocí la voluntad de Dios. Hubiera querido ¡infantil capricho! trocada en riachuelo abrazarte dulcemente, ó bien, flor del prado, doblegarme á tus plantas. ¿Es amor... ¡dí! ese encanto adorable, que no hay pa-



labra que baste á expresar? ¡Como tu nombre, es inefable; tu nombre que no puedo pronunciar, por desdicha.

LOHENGRIN (con ternura).—¡Elsa!

ELSA.—Cuán dulce suena mi nombre en tus labios. (Titubeando.) ¿No lograré escuchar el tuyo? Solos los dos cabe este lecho ¿no podré al menos murmurarlo en voz baja?

LOHENGRIN.—¡Ángel querido!

ELSA.—Permite que en tus brazos pueda yo al menos murmurarlo en voz baja.

LOHENGRIN (abrazando á Elsa con ternura y conduciéndola hasta la ventana, le muestra el florido jardín).—Ven á aspirar estos embriagadores efluvios que embalsaman el ambiente con su perfume sutil. Mi corazón se entrega á sus nacientes sabores, sin preguntar qué encanto es ese. Hechizo igual enagenó mi sér cuando te ví por vez primera, y sin intento á la sazón de conocerte, una sola mirada bastó á fijar mi elección. Los nítidos destellos de tu virtud tan pura, cuando te acusaban, me sedujo, como los suaves perfumes de la naturaleza embarcan nuestros sentidos en las sombras de la noche.

ELSA (ocultando su turbación y aproximándose á Lohengrin en actitud sumisa).—Si fuese yo más digna de ti, y probándote mi fe, pudiese prestarte algún servicio inmenso, insigne! Así como me salvaste, quisiera á mi vez salvar tu existencia; sin temor desafiaría la muerte, si lograse apartarla de ti! Pero ¿tan terrible es tu secreto, que debas ocultarlo al mundo entero? (Con misterio.) Tengo miedo; disipa una duda horrible! ¿no puedes publicarlo? Permite, al menos, que yo lo sepa y que, siguiendo siempre tu ley, antes que me arranquen el secreto, muera yo mil veces!

LOHENGRIN.—¡Alma mía!

ELSA (con creciente animación).—¡Ah! dame una prueba de confianza! desecha ese frío silencio! dime tu secreto!

LOHENGRIN.—¡Calla, por favor!

ELSA (con mayor insistencia). — ¡Conmuévate mi ruego! ¿De dónde vienes? ¡habla sin temor; nadie sabrá tu origen!

LOHENGRIN (con acento severo y dando un paso atrás).—Te he demostrado mi confianza en ti, dando pleno crédito á tu juramento! Guarda siempre, Elsa, la fe jurada; no seas perjura, no, Dios nos escucha! (Atrayendo á Elsa hacia sí.) Ven á mi pecho, ídolo mío, deja que te estreche contra mi corazón; que la luz de tus pupilas refleje mi felicidad. ¡Ah! deja que mi alma extasiada se embriague en tu aliento; entreguémonos sin temor á estas delicias de la vida. Confío que el amor ha de ser el premio de los bienes que por ti abandoné. ¡No hay mortal en la tierra que me iguale! Si me ofrecían una corona, la rehusaría sin pesar. El premio de lo que abandono es tu amor, mi solo anhelo! Ahuyenta la duda, y sé feliz; tranquilice el amor nuestros corazones! Mi ruta nada tiene de tenebrosa; vengo del reino de los esplendores.

ELSA.—¡Gran Dios! qué escucho! Lejos de calmar mi pena, tus palabras acrecientan mis tormentos! Tal vez en la tierra echarás de menos ese mundo de esplendores que abandonaste! ¡Qué vale mi amor para encadenarte siempre! hastiado de mi ternura, me abandonarás!

LOHENGRIN.—¡No más! cómo! ¿lloras?

ELSA.—¡Murió mi esperanza! contadas serán las horas que pueda verte! abrumada de penas, marchitos mis días, sola y desolada, he de verte partir!

LOHENGRIN.—¡Confía! espera!

ELSA.—¡Ah! ¿qué podré yo para encadenarte siempre? Un hechizo te protege; en ti todo es prodigio! ¿quién me devolverá la fe? (Detiénese, vivamente agitada y escuchando como si oyese algún ruido.) ¿Oyes? ¡alguien te llama!

LOHENGRIN.—¡Elsa!

ELSA (con los ojos fijos).—No, nada! pero allá, á lo lejos! el cisne blanco guía la barquilla! ¿vendrá para llevarte?

LOHENGRIN.—¡Calla, Elsa; reposa en mis brazos!

ELSA.—Un deseo ardiente combate mi corazón. Aunque me costara la vida, habla: ¿quién eres?

LOHENGRIN.—¿Qué dices, Elsa?

ELSA.—Sé bueno é indulgente; ¿por qué te callas? ¡dime tu nombre!

LOHENGRIN.—¡Calla!

ELSA.—¿De dónde vienes?

LOHENGRIN.—¡Qué desgracia!

ELSA.—¿Cuál es tu sér?

LOHENGRIN.—¿Qué hiciste, Elsa?

ESCENA III

Los mismos, FEDERICO, y cuatro vasallos suyos

(Federico y cuatro vasallos penetran, armados de espadas, por una de las puertas del fondo. Elsa, al verles, coge la espada de encima del lecho y la entrega rápidamente á Lohengrin.)

ELSA (presentando á Lohengrin la espada de manera que pueda sacarla de la vaina).—¡Dios mío! ¡toma el acero y defiéndete!

(Lohengrin hiere mortalmente á Federico, que cae á sus pies. Los vasallos de éste arrojan sus espadas y se arrodillan á las plantas de Lohengrin. Elsa, que se precipitó ante Lohengrin, cae sin sentido. Largo silencio.)

LOHENGRIN (conmovido, inclinándose hacia Elsa, levantándola con suavidad y tendiéndola en el lecho).—¡Ah! ¡huyó de nosotros la felicidad!

ELSA (abriendo los ojos).—¡Piedad!

(A una señal de Lohengrin, los cuatro vasallos se ponen en pie.)

LOHENGRIN.—¡Llevad al traidor al tribunal del Rey! (Los cuatro vasallos cogen el cadáver de Federico y se lo llevan por la puerta de la derecha.—Lohengrin golpea un timbre; acuden don doncellas.) Engalanad á Elsa con blancas vestiduras para conducirla á presencia del Rey; allí le diré mi nombre y quien soy yo.

(Sale con lentitud y tristeza. Las doncellas conducen á Elsa, que apenas puede tenerse en pie. Amanece.)

MUTACIÓN

El teatro representa, como en el acto primero, una pradera á orillas del Escalda.—Brilla la aurora

ESCENA IV

EL REY, los nobles sajones, condes brabanzones y su séquito; después los cuatro vasallos de Federico conduciendo su cadáver.

(Llega un conde escoltado por sus vasallos. Dos pajes llevan su escudo y su lanza. Hincan su bandera ante el castillo. Los suyos se agrupan en torno de la bandera. Llega otro conde, hincando á su vez la bandera, como el anterior. Oyese el són de trompetas anunciando la llegada de un tercer conde, con su séquito. Condes y caballeros mezclan sus filas, examinando y apreciando sus armas. Llega otro conde con su séquito, y se detiene en mitad del escenario. Al sonar los clarines del Rey todos los guerreros se alinean bajo sus banderas. Aparece el Rey seguido de sus nobles sajones.)

Todos (golpeando sus escudos en el momento de colocarse el Rey bajo la encina.)—Honor y gloria al poderoso Rey.

EL REY.—Gracias, pueblo de Brabante! Siéntese orgulloso mi corazón al encontrar siempre, junto á mí, un pueblo fuerte y vigoroso. Si el enemigo se acercara, dispuestos estamos á combatirle. Creo, no obstante, que desde los desiertos del Este no osará venir á atacarnos. Guardemos el suelo que nos vió nacer, y este imperio será eterno!

EL REY.—Aún no veo al noble jefe que el cielo nos envió.

(Tumulto y gritos de horror; los cuatro vasallos llevan en una litera el cadáver de Federico, cubierto con un velo, y lo depositan en mitad de la escena.)

Todos.—¿Qué querrán? ¿qué misterio se oculta? ¡son los vasallos del conde!

EL REY.—¿Quién va? ¿qué es eso? ¡presiento nuevas desventuras!

LOS CUATRO VASALLOS.—Obedecemos las órdenes del héroe; él os dirá lo que hizo.

ESCENA V

Los mismos, ELSA conducida por un numeroso cortejo de doncellas

Todos.—¡Ah! ¡Es Elsa, la hermosa Elsa! ¿á qué se deberá su mortal palidez?

(El Rey se dirige al encuentro de Elsa, que camina con lentitud, y la conduce á un sitial elevado; después vuelve á ocupar su sitio bajo la encina.)

EL REY.—¿Qué duelo anubla tu frente? ¿será el pesar de tu pronta partida?

(Elsa no se atreve á mirarle.—Suena gran rumor en el fondo.)

Todos.—Es él, el héroe de Brabante! gloria á nuestro valiente caudillo!

(Lohengrin, armado como en el acto primero, se adelanta lentamente.)

ESCENA VI

Los mismos, LOHENGRIN

EL REY.—Sé tú nuestro guía en la guerra; prestos están nuestros vasallos, y á tus órdenes, suya es de antemano la victoria.

LOHENGRIN.—¡Noble rey! Vengó á decirte que ya no puedo guiar á tus condes al combate.

EL REY Y TODOS (mirándole con asombro).—¡Gran Dios! ¡qué dice!

LOHENGRIN.—Sabed todos el deseo que me anima: voy á proferir una acusación; mi queja es legítima. (Descubre el cadáver de Federico. Todos retroceden con horror.) La pena debe castigar un crimen doble; de vosotros espero una sentencia justa. Ese hombre, como un sicario, penetró de noche en mi estancia. ¿Hice bien, inmoldándolo?

EL REY Y TODOS.—Así como le heríste en la tierra, que Dios le hiera con su cólera!

LOHENGRIN.—Otra queja resta aún. Ante vosotros todos, valientes guerreros, acuso de perjura á esa mujer que tan cara me fué.

TODOS.—¡Faltar ella á sus juramentos!

EL REY.—¿Será cierto lo que oyes?

LOHENGRIN (con acento severo).—¿Recordáis que juró no preguntarme quién soy? Pues bien, ha dado crédito á los insidiosos consejos de un espíritu pérfido y astuto. Ya que la duda se infiltró en su pecho, no he de callar más. Nada me digné decir al enemigo; más á vosotros voy á declarar mi nombre, mi abolengo! No he de ocultarme, no; ante el rey, ante el mundo entero, lealmente desvaneceré el misterio. (Altivamente.) ¿Quién de vosotros es más grande que yo?

TODOS.—¿Qué dirá? ¿cuál será ese misterio? ¡si corre algún peligro, por qué lo declara?

LOHENGRIN.—Hay en lontananza un mundo inacce-

sible, un lugar sagrado llamado Monsalvat; allí se eleva un templo indestructible, cuyo brillo no tiene igual en la tierra. En sus muros, como el Santo de los Santos, consérvase con misterio un vaso augusto, que los ángeles entregaron á la piadosa guarda de los hombres más puros. Una Paloma, cruzando el espacio, acude cada año á renovar su esplendor. ¡Es el Santo Graal! El infunde en sus caballeros inextinguible ardor; quien obtiene la gloria de servirle queda investido de poder sobrehumano, y seguro de la victoria tiene en su potente mano la suerte de los malos; aun cuando haya de trasladarse á lejanas comarcas para proteger el derecho y la virtud, su poder subsiste y su fuerza es sagrada, mientras su título es ignorado de todo el mundo. Mas tan sublime y maravilloso misterio no debe ofrecerse á la mirada de los mortales; ninguno de los nuestros elude la ley severa, y al descubrirse su incógnito, ha de partir. Pues bien! descerrido el denso velo, he de seguir la ley del Santo Graal! Parsifal es mi padre, suya es la corona; yo soy Lohengrin!

TODOS.—¡Nada iguala la nobleza de su abolengo! ¡gozoso llanto baña mi faz!

ELSA (anonadada).—¡Me falta el suelo! ¡aire, aire! ¡me ahogo!

(Desfallece. Lohengrin la retiene en sus brazos.)

LOHENGRIN.—¡Habla! ¡habla! ¡qué hiciste, Elsa! Cuando te ví por vez primera, extasióse mi alma en amor puro. Nuevos horizontes se abrían. El poder santo que el cielo me otorgó, la fuerza que un misterio me concedía, consagrarlos pensaba á tu servicio. ¿Por qué me arrancaste mi secreto? ¡Ay! ¡fuerza será separarnos para siempre!

ELSA (en el colmo de la desesperación).—¡Partir tú, esposo mío, no es posible! ¡ah! ¡quédate! ¡ve mi llanto y mi tormento!

LOHENGRIN.—He de partir, me esperan.

ELSA.—Sensible será tu corazón á mis remordi-

mientos. A tus plantas aguardo mi castigo. ¡Oh tú, alma divina y sublime, muéstrate clemente como Dios! Quiero sufrir, para expiar mi crimen; ¡ah! déjame sufrir, adorándote.

Todos.—¡Ah! quédate entre nosotros! ¡quédate, tú, cuyo brazo armó el cielo! ¿Quién podrá guiar nuestros pasos, privados del favor celeste?

LOHENGRIN.—Parto; así lo ordena el cielo. El santo Graal me acusará de lento. Separándome de ti, me castigo. (Elsa cae, exhalando un grito.)

EL REY Y TODOS (rodeando á Lohengrin.) ¡Ah! ¡quédate en este vasto imperio! Necesitamos un jefe que nos guíe.

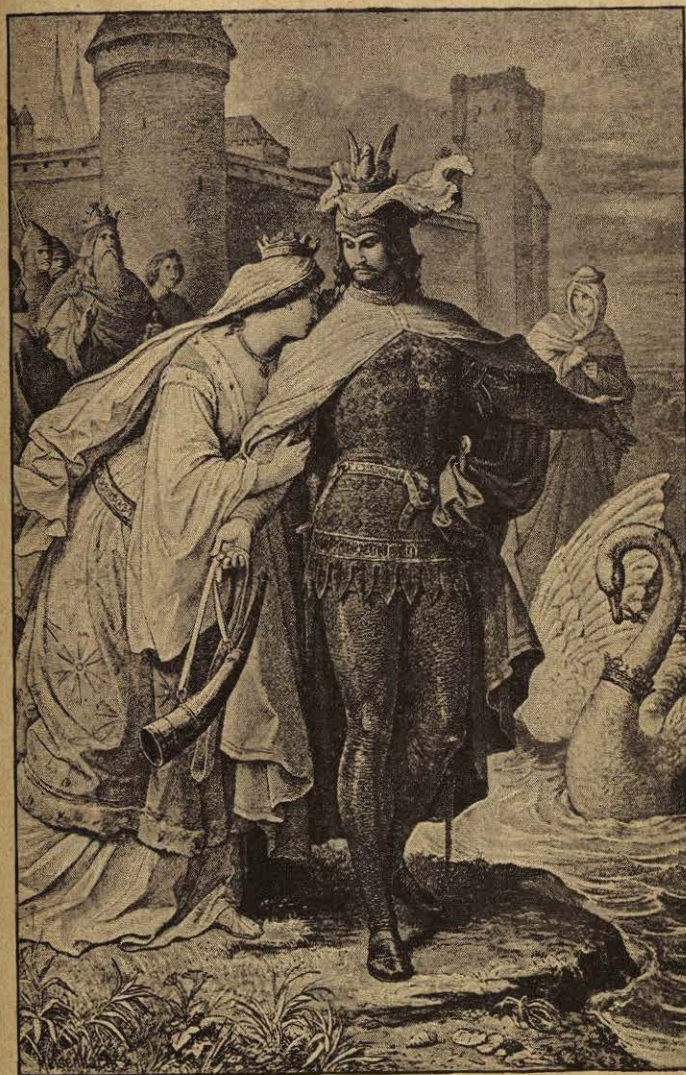
LOHENGRIN.—No, príncipe, no. El santo Graal me llama; es mi dueño, mi señor; de mi fidelidad á sus decretos, depende mi poder. Mas ¡oh gran rey! oye los destinos que de antemano prometo á tus virtudes: jamás invadirán vuestro suelo las desencadenadas hordas de Occidente. (Viva agitación.)

UN GRUPO DE HOMBRES (en el foro).—¡El cisne! ¡ved! ¡mirad! ¡aquí se acerca!

(Percíbese el cisne conduciendo la barquilla. Elsa, recobrando el sentido, se levanta y fija sus miradas en el río.)

ELSA.—¡El cisne! ¡oh dolor! ¡atroz remordimiento! (Permanece largo rato inmóvil.)

LOHENGRIN.—Ya es un reproche contra mi tardanza. (Entre la general emoción, Lohengrin se aproxima á la orilla y contempla con tristeza al cisne.) ¡Mi amado cisne! ¡cuánto hubiera deseado ahorrarte este postrer viaje! Transcurrido un año, hubiera cumplido el término de tu esclavitud; ya libre, el mundo entero te habría contemplado. (Volviéndose, conmovido, á Elsa.) Mi solo anhelo, Elsa amada, fué ser testigo de tu ventura durante un año, pasado el cual hubiera renacido á esta vida ese amado hermano, objeto de tu dolor. (Entregándole á Elsa la trompa, la espada y el anillo.) Si el hado quiere que aparezca, dale la trompa, el acero y la sortija



que te dejo. La trompa puede salvarle en los apuros, el acero dotará su brazo de invencible vigor, y el anillo le recordará siempre á quien vino á salvarte. (Aproxímase á Elsa y deposita un beso en su frente.) ¡Adiós! dulce encanto del alma mía ¡adiós! el Graal me llama ¡adiós!

Todos.—¡Cielo! ¡piedad! ¡no nos abandones!
(Aparece Ortrudis.)

ESCENA VII

Los mismos, ORTRUDIS

ORTRUDIS (dirigiéndose al proscenio).—¡Vete, ya, vete al fin, alma orgullosa! Sepan todos quién es el que arrastra la barquilla! Sí; gracias á esa cadena yo misma cambié al niño en cisne. ¡Es el príncipe de Brabante! (A Elsa.) Por ti, por tu culpa, se lo lleva, y en breve habrá desaparecido de nuestra vista. Si se hubiese quedado, estoy convencida de que su hermano habría sido salvado por él.

Todos (con la mayor indignación).—¡Mujer horrible! ¿de qué nuevo crimen se jacta tu demencia!

ORTRUDIS.—¡Nuestros dioses quedan vengados, ya que su culto se vilipendió!

(Permanece inmóvil mirando á Elsa con salvaje gozo. Lohengrin presto á embarcarse en la navicilla, se detiene escuchando á Ortrudis; prostérnase y ora. Todas las miradas se fijan en él. Vese revolotear la santa paloma del Graal por encima de la barquilla. Lohengrin, entonces, libra al cisne de su cadena; el cisne se sumerge y en su lugar aparece el joven Godofredo.)

LOHENGRIN.—¡Miradle! Es el duque de Brabante, vuestro caudillo!

(Ortrudis, al ver á Godofredo, lanza un grito. Lohengrin entra velozmente en la barquilla, y comienza

á alejarse, conducido por la paloma. Elsa, con un movimiento de gozo, contempla á Godofredo, quien se inclina ante el Rey. Todos los nobles doblan la rodilla; Godofredo estrecha en sus brazos á Elsa, la cual, volviendo la mirada hacia el río, ve alejarse á Lohengrin.)

ELSA.—¡Ah! ¡esposo, esposo mío! ¡potente Dios!
(Lohengrin se aleja cada vez más. Surge un grito general de dolor. Elsa cae desvanecida en brazos de Godofredo. Lohengrin aparece todavía á lo lejos. Telón.)

FIN DE LOHENGRIN

TRISTAN É ISOLDA

ÓPERA EN TRES ACTOS

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL ALEMÁN

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ BALARI Y JOVANY